

**GUÁRDATE  
DE LOS IDUS**

LOLA GÁNDARA





GRAN  
ANGULAR

# Guárdate de los idus

LOLA GÁNDARA





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

**[www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)**

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: julio de 1995

Trigésima octava edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Alejandra González

Coordinación gráfica: Lara Peces

Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Lola Gándara, 1995

© Ediciones SM, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-9107-337-6

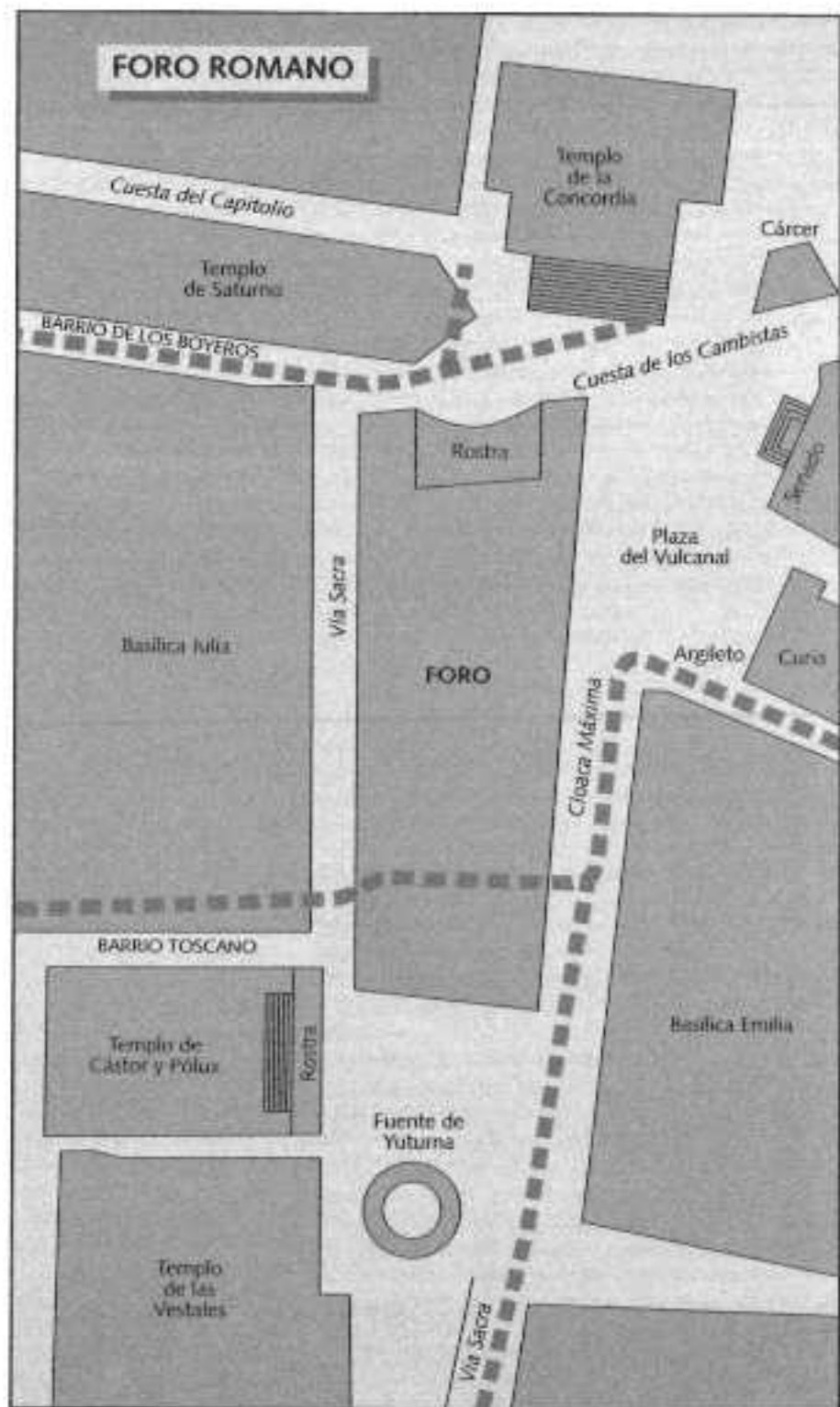
Depósito legal: M-2073-2018

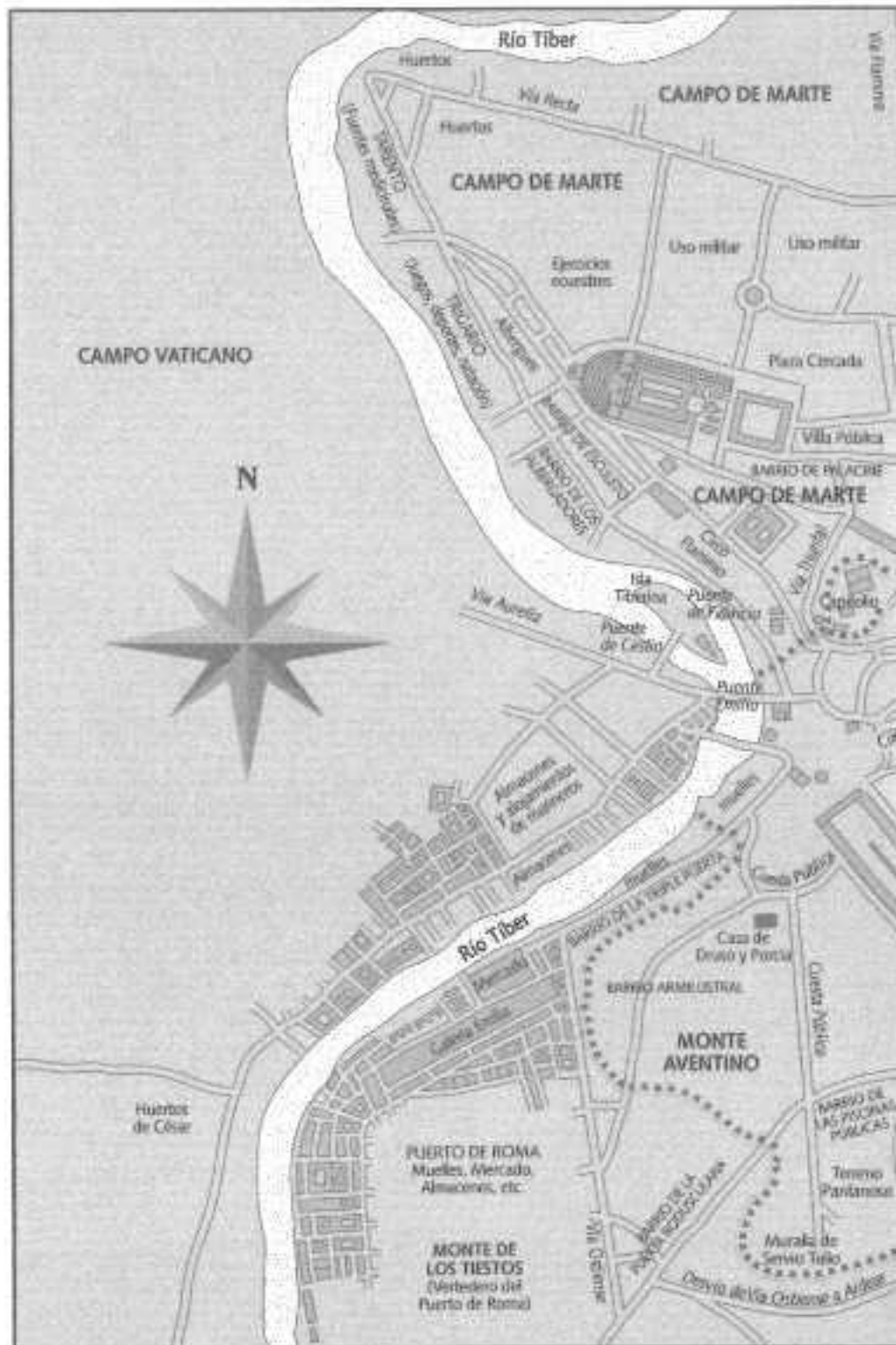
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

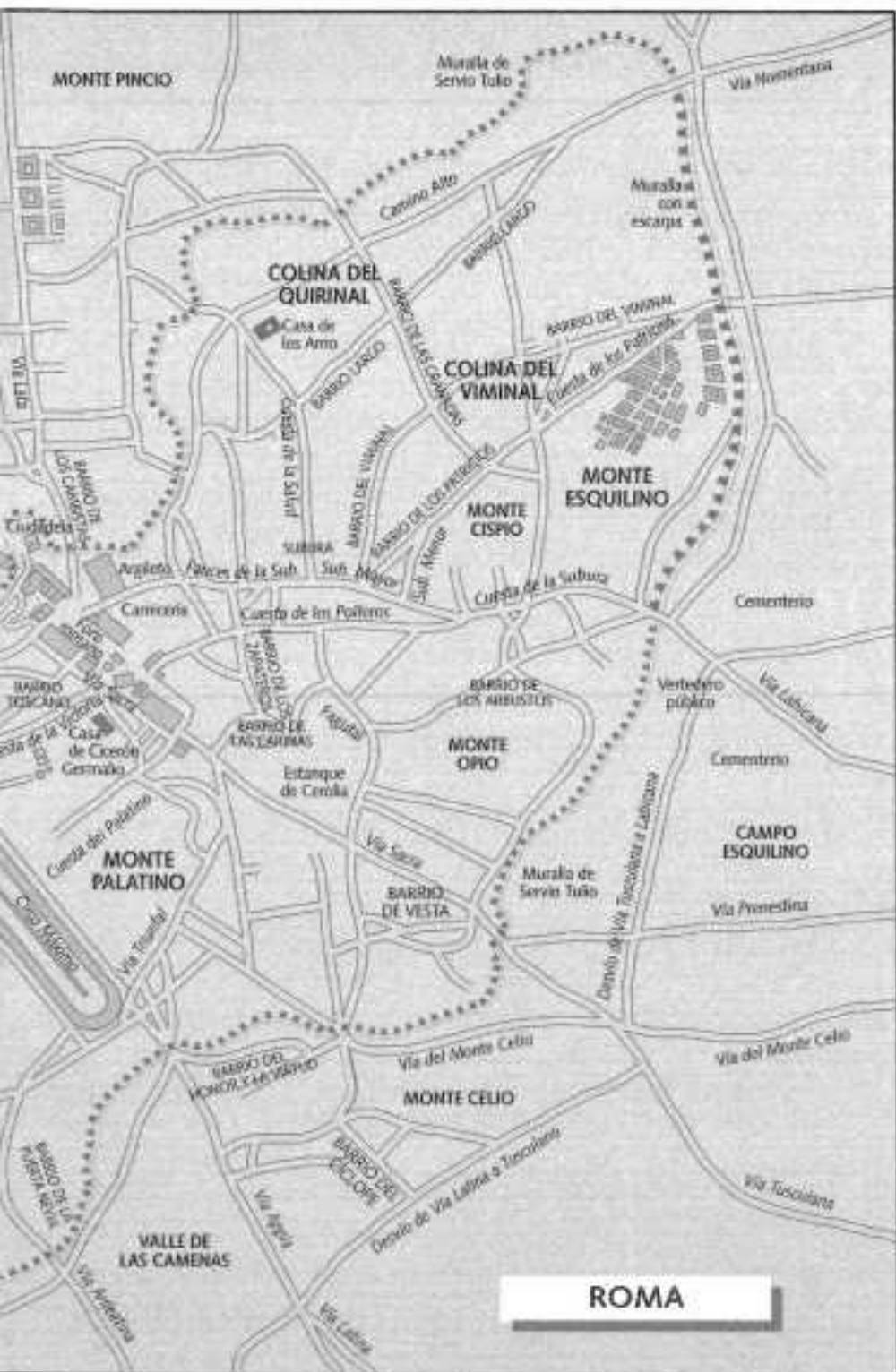
*A Pilar Martín, Conchi Vázquez  
y Manoli Pena.*











**ROMA**



1

## IDIBUS MARTIIS

En los idus de marzo

(15 de marzo)

En aquel aciago día de marzo, el sol llegó al ocaso a la hora acostumbrada. Sentado en la vieja silla de cuero, yo trataba de asimilar lo que estaba sucediendo, sin comprender todavía que la sangre vertida aquella mañana en el Senado nos iba a salpicar a todos nosotros.

–Han asesinado a César. Julio César ha muerto –había gritado el joven Membo, irrumpiendo en la estancia como un caballo desbocado.

Serían las once de la mañana. Porcia y yo leíamos a Hesíodo. Miramos a Membo creyendo que había perdido el juicio.

–Veintitrés. Veintitrés son las heridas –gritó el liberto.

–Se ha vuelto loco –dijo Porcia.

Pero tras él entraron algunos esclavos y también Epiduro, nuestro pedagogo griego.

–Han dado muerte a César.

–¡No es posible!

–Esta mañana, a la hora tercia... En el Senado.

Porcia palideció y me miró como un pájaro asustado. Algo me dijo que las Furias se habían desatado sobre Roma en aquel día 15 del tercer mes del invierno, los idus de marzo. Una media hora más tarde, y antes de que ninguno de nosotros hubiese reaccionado, un mensajero entró precipitadamente.

–Me envía vuestro tío Mario.

–Y bien...

–Vuestro tío dice que ni tú ni tu hermana salgáis de casa, joven Druso.

–¿Por qué?

—Roma está desquiciada. La revuelta estalla por todas partes. Los veteranos de las legiones de César claman venganza, y algunos ciudadanos ya persiguen a los asesinos... Correrá la sangre, joven Druso.

—Eso lo entiendo. Lo que no comprendo es la inquietud de mi tío: no voy a meterme debajo de ninguna lanza ni a mezclarme en ningún motín callejero.

El mensajero vaciló un instante, y enseguida agregó:

—Vuestro tío está preocupado por vuestra seguridad. Quiere que los criados atranquen las puertas, que no abráis a nadie y que os alejéis del atrio y de los patios. Él vendrá después y se ocupará de todo.

Porcia, que seguía atentamente la conversación, se adelantó y, antes de que yo pudiese decir nada, respondió:

—Decid a nuestro tío que seguiremos sus instrucciones.

Yo iba a protestar cuando sentí la presión de la mano de Porcia. El mensajero nos saludó con una breve inclinación de cabeza.

—¿Cuándo vendrá nuestro tío? —pregunté.

—A la tarde... Hacia la hora nona.

El mensajero abandonó la estancia.

Durante unos minutos permanecemos en silencio escuchando el ruido de la calle, que crecía por momentos. Luego, Porcia llamó a Eunice, su antigua nodriza.

—Di a los esclavos que cierren las puertas.

—¡Oh, por Isis! —sollozó Eunice—. La venganza de este día maldito caerá sobre nuestras cabezas.

—No digas tonterías —se impacientó mi hermana—, y vete a disponer las cosas.

—Druso —mi hermana habló de forma persuasiva, aunque yo percibí en su tono un cierto matiz de alarma—, haremos lo que dice tío Mario.

—No lo entiendo —protesté—. ¿Por qué no puedo salir? Ya tengo edad para cuidar de mí mismo, Además, media Roma está en las calles. Escucha, Porcia..., escucha el alboroto.

El ruido se había convertido en estrépito. Voces, gritos, carreras, galopar de caballos... En la calle había más animación que un día de circo, y yo, ¡maldita sea!, tenía que quedarme en casa.

—Voy a salir.

—No harás tal.

–Sí lo haré.

–Han matado a Julio César.

–Por eso mismo.

–Es un día aciago, Druso.

–Es un día histórico: en Roma no había sucedido nada así desde los tiempos de Sila, y yo quiero verlo.

Me ceñí el cingulo sobre la toga y pedí un manto. Pero en el preciso momento en que cruzaba el corredor camino de la salida, unos fuertes golpes sacudieron la puerta del vestíbulo.

–¡Abrid! –gritaban desaforadamente–. ¡Abrid a las legiones!

Me detuve en el acto. Porcia ahogó un grito, Eunice se desplomó en el banco de piedra que había junto al portal, los esclavos me miraron.

¡Soldados! ¿Qué diablos buscaban en mi casa los veteranos del ejército?

Porcia, palidísima, nos pidió silencio por señas y, como movidos por un resorte, retrocedimos todos hacia las habitaciones interiores con el sigilo propio de los acosados.

Los soldados continuaron golpeando la puerta.

–Id por detrás –gritó alguien.

–Aquí no hay nadie –respondió otra voz–. Habrán abandonado la casa.

–Una cosa es segura: Mario Dimitio no escapará.

Durante un tiempo los sentimos alrededor de la casa. Después se marcharon. Oímos cómo sus botas pisaban los adoquines y los cascos de los caballos retumbaban sobre las losas del pavimento.

El resto del día transcurrió sin incidentes, pero todos sentíamos que la cara oscura del peligro nos acechaba y el miedo crecía por momentos. Tío Mario no vino a la hora nona, y Porcia, como obedeciendo a un extraño presagio, ordenó a las esclavas que preparasen dos baúles de viaje.

–¿Para qué? –pregunté.

–No lo sé, pero tengo un presentimiento.

–¿Crees que tendremos que salir de Roma?

–Ojalá no sea más que eso.

Me encerré en el despacho de mi padre, que ahora utilizaba tío Mario, y me senté en la vieja silla de patas curvadas en forma de S que mi padre había traído de una de sus campañas en las fronteras del este. Ahora mi padre estaba muerto, en la silla se sentaba tío

Mario y yo era un adolescente orgulloso que soñaba con un alto puesto en el Senado.

La voz de Porcia me devolvió a la realidad:

–Druso... Drusooo.

–¿Qué?

–Ven, ha llegado tío Mario.

Toda mi vida recordaré aquella noche. Pasarán los años y seguiré recordando aquella noche. Seré un hombre y continuaré escuchando la voz de tío Mario, aquella voz desgarrada... Seré un anciano y seguiré viendo la cara de Porcia, la angustia de la cara de Porcia, la lividez de la cara de Porcia... Estaré muerto y oíré una y otra vez a tío Mario, y una y otra vez percibiré la crispación de su rostro y escucharé el solemne tono de su voz al relatarnos aquella increíble historia.

–Escuchad –empezó tío Mario–: al principio, Julio César era un hombre justo... Un hombre que gobernaba con equidad. Pero a medida que crecieron sus victorias, su ambición se hizo desmedida...

Aquel año, en su quinto consulado, había conseguido el nombramiento de cónsul a perpetuidad, concentrando todos los poderes en sus manos.

–Entonces –intervine débilmente–, el Senado, los Comicios...

–El Senado, Druso..., un títere en sus manos. En cuanto a las otras instituciones... A Julio César –siguió– solo le faltaba el título de rey.

–Pero, tío –interrumpí–, hace unos días, en las Lupercales, Marco Antonio le ofreció una corona durante el desfile triunfal, y él la rechazó enérgicamente. Yo lo vi.

–No se atrevió a tomarla: lo observaba todo el pueblo.

–Se la ofreció tres veces –insistí–, y él la rechazó otras tantas.

–¿Y qué iba a hacer? ¿Coronarse delante de la multitud? Créeme, Druso: Julio César quería restaurar la monarquía, una monarquía absoluta y hereditaria.

–Pero Roma es republicana.

–Precisamente. Y para salvar la República se había hecho indispensable eliminar a César.

–¿Por eso le han matado?

–Sí, Druso, por eso.

–¿Quién lo ha matado?

–Ha sido una conjuración. Todo se ha llevado a cabo según un plan cuidadosamente elaborado. Muchos trabajaron durante meses

urdiendo la conjura, se entretejió la trama sutilmente... El otro día, cuando Marco Antonio le ofreció la corona, todo fue tan evidente... O se hacía ahora o la República estaría perdida.

–¿Cómo lo han hecho? –mi voz temblaba.

–Esta mañana, César ha llegado al Senado en medio de un ambiente cargado de tensión... Sería la hora tercia. Cuando los senadores se han levantado para honrarlo, los conjurados han rodeado su sitial. Metelo Cíंबर se ha adelantado, al frente de un grupo, para presentar una petición: el perdón de su hermano, que, como sabes, ha sido desterrado... César se ha mostrado inflexible, y ellos han redoblado sus instancias. César se ha sentado, contrariado, y ha manifestado a cada uno su particular descontento. Entonces, Metelo le ha cogido la toga con las dos manos y le ha descubierto lo alto de la espalda. Esa era la señal. Casca ha sido el primero en agredirlo.

–¡Por Cástor! –exclamó Porcia, turbada.

–Los puñales lo han herido en los ojos y en el rostro, y él se ha revuelto como un animal acorralado, pero por todas partes estaban los cuchillos.

–¡Veintitrés son las heridas! –recité, recordando el grito del liberto.

–¿Cómo?

–Veintitrés puñaladas. Le han dado veintitrés puñaladas.

–Bueno, no sé... Puede.

–¿Se ha defendido?

–Al principio... Pero eran muchas las hojas que rasgaban su cuerpo, y cuando Bruto le ha clavado el puñal en la ingle y él lo ha visto...

–¡Bruto, Bruto Decio! –me sobresalté-. ¡Su hijo adoptivo!

–Sus ojos se han entristecido tanto... Ya no ha intentado luchar, se ha echado la toga por la cabeza y se ha cubierto la cara... Así es como se ha abandonado al hierro de los conjurados.

–Pero nadie..., ¿nadie ha intentado defenderlo? –preguntó mi hermana.

–Nadie. El Senado ha quedado sobrecogido.

–Es curioso –dijo de pronto mi tío-. ¿Sabéis dónde ha caído muerto? Al pie de la estatua de Pompeyo, allí yace su cadáver. ¿Y sabéis otra cosa? La estatua..., la estatua está toda ensangrentada.

Mi tío guardó silencio. Se le había quebrado la voz y tenía húmeda la mirada. Entonces, Porcia hizo la pregunta que nos quedaba en los labios:

–Tío Mario, ¿qué tienes que ver tú en todo esto?

–Soy uno de los conjurados.

Tragué saliva.

–Tío, ¿has participado tú en ese crimen?

–No ha sido un crimen, Druso. Era un deber..., un penoso deber de ciudadano... Yo no he blandido el puñal, pero había participado activamente en la conjura. Estaba en el grupo de Metelo Cíंबर.

–¿Por eso han venido los soldados?

–Sí, por eso.

–¿Y qué va a pasar ahora, tío?

–Desgraciadamente, se han torcido las cosas. Bruto, Casio y los otros no han conseguido controlar la situación como se esperaba. Los veteranos de las legiones de César los persiguen, muchos ciudadanos se toman la justicia por su mano, y ya han empezado los incendios... Tenéis que salir de Roma.

Tío Mario se levantó despacio y se dirigió al tablinio.

–Ven conmigo, Druso.

Lo seguí.

Cogió una llave diminuta y abrió un cajón del escritorio. Sacó un pergamino enrollado y lacrado, lo ató con una cinta verde y me lo tendió.

–Guárdalo.

–¿Qué es?

–Un documento secreto. Un escrito de valor incalculable. No se lo entregues a nadie y no reveles nunca que lo tienes... Y ten cuidado: muchos lo codician.

–¿Qué debo hacer con él?

–Tú mismo tendrás que decidir en su momento.

–¿Cómo sabré qué decidir y cuándo?

–Cuando llegue el momento lo sabrás.

–¿Y si me equivoco?

–Entonces, Druso, ¡que los dioses te ayuden...! Porque nadie más podrá ayudarte.

Porcia entró con paso apresurado.

–He preparado dos baúles de viaje. Podemos partir ahora mismo.



–Partiréis al alba: es más seguro.

–¿Por qué dices «partiréis», tío Mario? –mi hermana estaba inquieta–. ¿Es que no vas a venir con nosotros?

Tío Mario nos miró y sonrió con pesadumbre. Comprendimos. Nos abrió sus brazos y nos precipitamos en ellos. Los tres, fundidos en un abrazo desmedido, lloramos amargamente nuestra desventura.

–Sé que es muy duro, pero tiene que ser así. No hay otra salida.

–¿Estás seguro, tío? –gritó Porcia en medio de un llanto convulsivo–. Quizá lo logremos... Quizá puedas esconderte en alguna parte.

Tío Mario negó con la cabeza. Yo apreté los puños y me mordí los labios hasta hacerme sangre.

–Allá donde vaya, ellos me perseguirán. Allí donde me esconda, ellos me buscarán.

–Pero tus amigos... Habrá gente dispuesta a echarte una mano.

–No puedo buscar la ruina de nadie, y mucho menos poner en peligro vuestras vidas. Escuchadme: siempre he vivido con dignidad, y ahora me ha llegado el momento de morir con honor. Después tú, Druso, escribirás esto en el libro de las gestas familiares, para que quede constancia de ello. ¿Lo comprendes, Druso?

Sí lo comprendía. Había sido educado para comprenderlo. Pero eso no impidió que se adueñase de mí un sentimiento de rabia e impotencia. Luego me miró, y yo supe lo que quería. Porcia se tapó la cara con las manos y yo sentí que la náusea me subía desde la boca del estómago.

–Druso, eres un patricio y ya tienes diecisiete años. Actúa, pues, como un romano.

Su voz se dulcificó.

–Ahora gustaremos del vino y brindaremos por la vida. Después reunirás a los servidores de esta casa, porque habrá llegado mi hora.

La náusea se me hizo bilis en la boca, corrí a las lavatrinas y vomité. Me lavé la cara varias veces, fui a mi habitación y preparé mi toga. Recordé con cuánto orgullo la había llevado el día de mi investidura, cuando mi padre me condujo al Foro y luego subimos hasta el templo de Júpiter, en el Capitolio, donde mi padre ofreció un buey en sacrificio y el augur leyó en las vísceras mi formidable futuro.

Y ahora..., ahora me la iba a poner para aquella terrible ceremonia.

Cuando llegué al triclinio, mi tío, vestido con una túnica de seda blanca y mangas cortas, de esas que solo se usan para las fiestas y los banquetes, se hallaba reclinado en el lecho central. Membo mezclaba el vino con la miel y se lo escanciaba en la copa. Yo apenas bebía todavía, pero él dijo:

–Bebe, Druso. Y tú también, Porcia.

Membo nos tendió una copa, y mi hermana y yo saboreamos aquel mulso, que nos supo a hiel y a acíbar.

Porcia rompió a llorar.

–No lo hagas, tío Mario –suplicó la chiquilla–. No nos dejes, por favor.

Tío Mario acarició los cabellos de mi hermana.

–No llores, pequeña Porcia. No llores o flaqueará mi ánimo.

Tragué saliva varias veces, pero no me salía la voz. Al fin, sorprendido, me oí decir a mí mismo esta frase, que me borboto en los labios como algo ajeno:

–¿Piensas hacerlo con la espada, o cortarte las venas?

–Las venas. Pero tendrás que ayudarme.

–Lo haré.

Era ya bien entrada la noche cuando todo estuvo dispuesto. Membo había preparado el baño mortuario, y la ceremonia se celebró con el ritual acostumbrado. Los esclavos cubrieron a tío Mario con una toga picta recamada en oro. Era una prenda propia de los triunfadores, y la usaban los generales en los desfiles. Aquella había sido de mi padre, que la lució cuando hizo su entrada triunfal al volver de la Galia Cisalpina.

Tío Mario salió del triclinio y se dirigió al atrio caminando muy despacio. Nosotros y todos los de la casa le seguimos. Se detuvo en el porche, donde estaban las estatuas; los dioses se confundían con las cabezas y los bustos de nuestros antepasados, y las ninfas se alineaban en medio de nuestros abuelos. En la pared del fondo se hallaba el pequeño altar consagrado a los dioses del hogar, los lares y los penates, y al lado, en una hornacina, las máscaras de cera y las efigies de los varones ilustres de la familia, aquellos que habían conquistado gloria y honor para los Manlio. Allí, el tío Mario se despojó de sus ropas, leyó su testamento y, siguiendo la costumbre de los antiguos patricios, concedió la libertad a los esclavos.

vos. Porcia, ayudada por las dos criadas de mayor edad, encendió una lucerna y ungió con mirra el cuerpo desnudo de mi tío; los esclavos trajeron el gran barreño de madera que se usaba como baño, y él se metió en el agua. Membo se acercó a mí y me tendió la daga. Tomé la muñeca de mi tío, pero me faltó valor.

–No puedo –sollocé–. No puedo hacerlo.

Mi tío cogió entonces la daga y se hizo un corte superficial. Brotó un hilo de sangre.

–Ayúdame, Druso. No dejes que pierda mi valor.

Entonces volvió Porcia, que acababa de salir del atrio. Vestía una dalmática, los cabellos sueltos le caían sobre la espalda y llevaba en la mano uno de los vasos de ónice que solo se usan en las grandes ocasiones.

–Bebe, tío. Es vino del Rin.

Él entendió. Sus ojos se tornaron acuosos. Porcia le acercó la copa a los labios.

–Gracias, queridos míos. Ahora tú, Druso, dentro de un instante, cuando el veneno haya surtido efecto..., córtame las venas.

Apuré la bebida y cerró los ojos.

–Ahora, Druso –apremió mi hermana.

–No puedo.

–Vamos, Druso. Es el momento: dentro de un instante, el veneno será fuego en sus entrañas. Ahora, Druso.

Hundí la daga en su muñeca, y la sangre me empapó las manos. Sumergimos su brazo en el agua caliente.

Poco a poco, la estancia se llenó de gente. Todos los esclavos y servidores de la casa de los Manlio contemplaron el cuerpo exangüe de Mario Dimitio Manlio, quinto hijo de Severo Dimitio, que se había inmolado a la edad de veintinueve años para no morir con deshonor.

Epiduro me tocó el brazo.

–Tienes que pronunciar la oración.

–¿La oración?

–Sí, la oración de los muertos. La dice el paterfamilias. Ahora el paterfamilias eres tú, y debes officiar como tal.

Era cierto: acababa de convertirme en el jefe de aquella casa. Se suponía que ahora yo debía cuidar de todos ellos y velar por mi hermana Porcia. En ese momento se me reveló lo terrible de mi desamparo, el día se volvió más aciago y la noche se hizo más oscura.

Recité mecánicamente la oración ante el altar de los manes. Todos se postraron y oraron por el muerto. Los lamentos se confundieron con el rumor de la noche. Porcia extendió sobre el cadáver unguento de nardo, y Mario Dimitio penetró en el reino de las sombras...

Fuera, el resplandor de los incendios.

–Partiremos al alba –dijo Porcia–. Saldremos por la puerta Capena, nos purificaremos en la fuente Carmencia y tomaremos la vía Apia.

–No.

Nos volvimos. Epiduro habló con la sabiduría que lo caracterizaba, esa sabiduría que se adquiere con los años y que es fruto del dolor y de la experiencia.

–No intentéis salir de Roma: habrá controles en todas las puertas de la ciudad. Los veteranos, sedientos de sangre, buscan a los asesinos directos... Vuestro tío estaba demasiado involucrado.

–¿Qué hacemos, entonces? ¿Nos quedamos aquí?

–No. Ellos volverán.

–¡Oh, Druso! –gimió Porcia–. Nos matarán a todos, y a mí me violarán primero.

Me estremecí. Epiduro habló rápidamente:

–Tú, Druso, irás a casa de Marco Tulio Cicerón, que es amigo de tu familia y te protegerá.

–¿No está implicado en la conjuración?

–No lo creo. Está en favor de la República, pero es demasiado precavido. Membo irá contigo, él conoce perfectamente el barrio.

–¿Y Porcia?

–Porcia no puede acompañarte: levantaríais sospechas. A Porcia la esconderemos en la cueva hasta que se tranquilicen las cosas. Membo la bajará por el pozo.

Porcia se sobresaltó.

–No quiero bajar. La cueva es un lugar terrible.

–Pero seguro –dijo Epiduro–. Somos muy pocos los que conocemos su existencia. Allí no te encontrarán.

Abracé a mi hermana y la sentí temblar entre mis brazos.

–Cálmate, Porcia.

–El subterráneo es un lugar siniestro, Druso. No quiero verme allí.

–Es necesario. Volveré a buscarte enseguida. Te lo prometo, hermana.

–No estarás sola –dijo Eunice–. Yo bajaré contigo.

–¿Lo harás? –preguntó Porcia, esperanzada.

–Te vi nacer, niña mía, y no pienso verte morir, te lo aseguro.

–Va a amanecer pronto –dijo Membo–. El joven Druso y yo debemos partir.

Abracé a mi hermana por última vez y sentimos que el dolor nos desgarraba las carnes.

–Cuídala, nodriza. No dejes que caiga en manos de la soldadesca.

–Antes la mataría con mis propias manos; te lo juro, joven Druso.

–Date prisa, amo –apremió Membo–. Tengo que bajarlas por el pozo.

Poco antes de la salida del sol, Membo llegó con dos capas de lana marrón, de esas que usan los esclavos en las faenas agrícolas.

–Poneos las capas –dijo Epiduro–. Así os tomarán por esclavos.

Nos envolvimos en las capas de lana, nos cubrimos la cabeza con las capuchas y salimos a la calle. Oímos cómo corrían los cerrojos y sentimos el corazón destrozado, pero no volvimos la cabeza. Mis pasos y los de Membo resonaron a la par en el empedrado, y el aire nos azotó la cara. La opaca humareda de los incendios eclipsaba las primeras luces del día. Una densa niebla subía del Tíber.